



Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA

Se publica el 2, 10, 18 y 26 de cada mes

Núm. 34 | Exclusivo Agente Antonio Escamez, Preciados, 35, Madrid. | Madrid 10 Setiembre 1879. | Su Representante en París, Mr. Saisset, 11, rue Cadet. | Año XXIX

**SUMARIO.**—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. —Vestido con entredoses para niño pequeño. —Vestido de calados con transparente rosa ó azul. —Corbata de encaje irlandés y oro para señora. —Corbata bordada en tul. —Miton de punto de aguja. —Sombreros para niños. —Sombrero de paja adornado con plumas para señora. —Cofia elegante de mañana. —Corbata-chaleco bordada. —Lazo para corbata. —Sombrero cajota. —Fajuelo de punto de ana. —Mangas para vestido. —Cenefa de malla bordada. —Fleco anudado para tapete. —Tapetes para velador: bordado y crochet. —Transparente bordado. —Máquina para

picar dibujos. —Asiento de sillón bordado. —Diferentes bordados sobre cuti. —Toalla bordada. —Tunillas y adornos para vestidos. —LITERATURA: Los lagos de Lombardia, por 1 milio Aubier. —La pureza, poesía, por Manuel Rentero. —Dos amores, poesía, por José Estremera. —1 años de Baños. Viaje por mi patria, por Nicolás Díaz y Pérez. —La maestra de escuela, por María del Pilar Sinués. —Higiene de los niños. —Variedades. —Explicación del figurín 1.375

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1. ENTREDOS DE MALLA BORDADA.

Este entredos muestra á nuestras lectoras que todos los dibujos de punto de cruz sirven para bordarse á zurcido en malla y vice versa. Este género de entredoses, unidos por una costura á tiras bordadas, hacen una linda combinacion para adorno de ropa blanca y cortinajes.

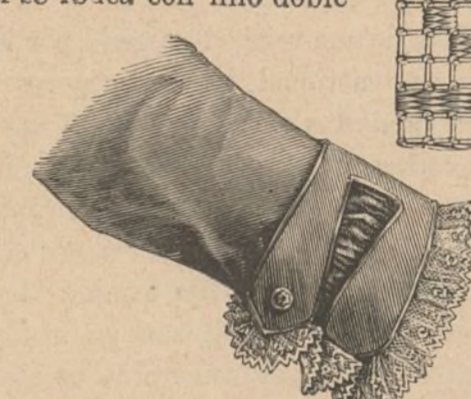
#### 2 Y 3. MANGAS PARA VESTIDO.

Ambas convienen para vestidos de dos telas como faya y raso, faya y brochado, etc. La disposicion de su adorno está harto clara en el dibujo.

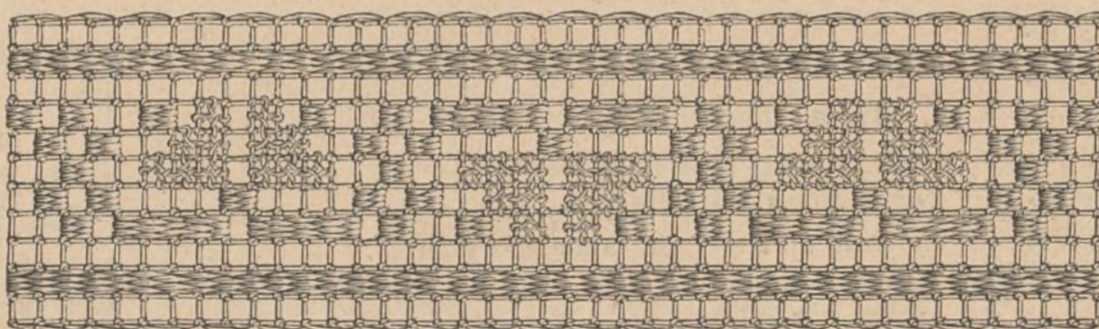
#### 4. FLECO ANUDADO PARA TAPETE.

**Materiales:** Segun el objeto que se quiera guarnecer, se emplean cabos de hilo, lana ó seda, de 50 cents. de largo, añadiendo más ó menos para las borlas.

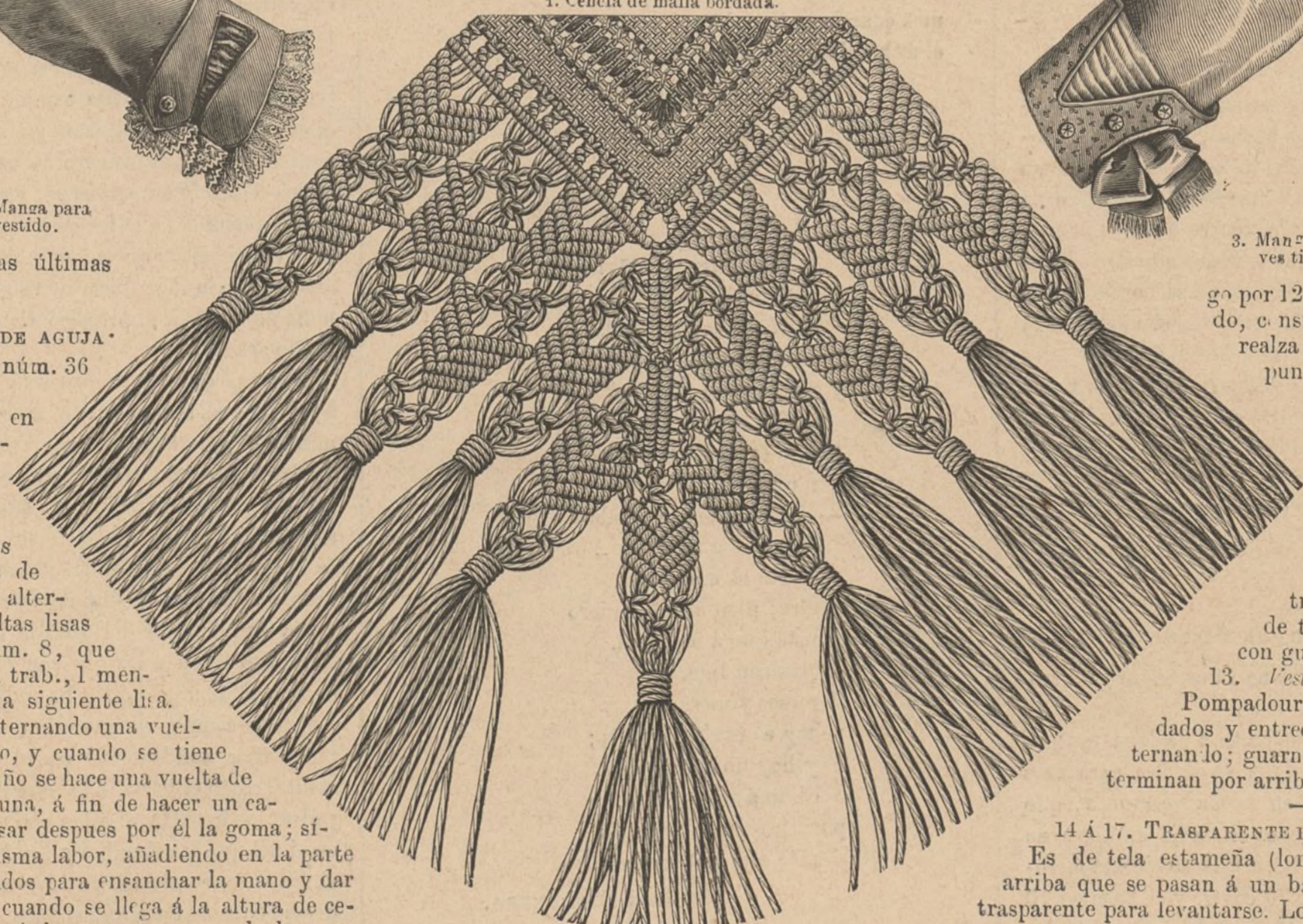
El grabado indica claramente la ejecucion de este fleco, y sólo para el ángulo necesita cierta atencion, para el cual se rodea con hilo doble el hilo de la trama, cuyos hilos sirven de base á su vez para los nuevos que se van añadiendo; en nuestro modelo cada grupo consta de ocho hilos, y el mismo grabado indica cómo se van formando en direccion oblicua los nuevos grupos. Las borlas se aumentan con algunos cabos más que se anudan en las últimas lazadas.



2. Manga para vestido.



1. Cenefa de malla bordada.



4. Fleco anudado para tapete.

gunas vueltas más y un remate de crochet. Para el dedo se continúa con los puntos dejados en la otra aguja, cerrándolos en redondo lo mismo que el miton.

La puntilla que le remata por el brazo se ejecuta aparte con 10 puntos de este modo:

1.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 cruzado, 1 trab., 1 meng., 1 cruzado.

2.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 lis., 1 trab., 1 meng., 6 lis., 1 cruzado.

3.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 cruzado, 1 trab., 6 lis., 1 trab., 1 meng., 1 cruz.

4.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 lis., 1 trab., 1 meng., 7 lis., 1 cruz.

5.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 cruz., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 1 trab., 1 meng., 1 cruz.

6.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 lis., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 1 del reves (la trab. forma el tercer punto liso y 1 del reves), 3 lis., 1 meng.

7.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 cruz., 1 trab., 1 meng., 5 lis., 1 trab., 1 meng., 1 cruz.

8.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 lis., 1 meng., 6 lis., 1 meng.

9.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 cruz., 1 trab., 1 meng., 4 lis., 1 trab., 1 meng., 1 cruz.

10.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 lis., 1 trab., 1 meng., 5 lis., 1 meng.

11.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 cruz., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 1 trab., 1 meng., 1 cruz.

12.<sup>a</sup> vuelta. 1 sin hacer, 1 lis., 1 trab., 1 meng., 4 lis., 2 cruz.

Se continúa repitiendo desde la primera vuelta.

#### 9 Á 11. CORBATAS.

9 y 10. *Corbata con encaje irlandés.*—Ademas de los nuevos materiales para el encaje irlandés (galon bordado de oro), lleva esta corbata la lazada muy doble y las puntas plegadas: el núm. 10 presenta, de tamaño natural, los contornos del encaje, hecho con galon de seda negra y oro, y los calados con seda negra; la corbata es una tira de tul negro, de 18 centímetros de ancho por 122 de largo.

11. *Corbata bordada en tul.*—Una tira de tul, de 144 centímetros de largo por 12 de ancho, bordado al zurcido, constituye esta corbata, que se realza con encaje plegado á las puntas y cinta de raso.

#### 12 Y 13. VESTIDOS PARA NIÑOS.

12. *Vestido plegado.*—Presenta el dibujo la espalda del vestido, que se termina con una faldita á tablas, mientras los delanteros se cortan de todo el largo. Es de piqué con guarniciones bordadas.

13. *Vestido princesa.*—Es de percal Pompadour, cubierto de entredoses bordados y entredoses de encaje de hilo alternando; guarniciones de la misma clase le terminan por arriba y por abajo.

#### 14 Á 17. TRASPARENTE BORDADO.

Es de tela estameña (lona gruesa) con anillas por arriba que se pasan á un baston, al que se arrolla el transparente para levantarse. Los bordados son á punto de cruz con seda de Argel de colores, teniendo una cenefa en medio entre dos de calados. El núm. 15 muestra el modo de

ejecutar éstos, y el 16 el de orillar los calados antes de sacar los hilos; el núm. 17 muestra otro modelo para el mismo objeto, y en ambos el fleco se saca de la misma tela.

#### 18 Y 19. TAPETES DE CROCHET.

La moda de combinar los bordados á la cruz en tela gruesa con cualquiera otra clase de tela ó de encaje, ha dado por resultado estos dos modelos; los bordados están hechos á tres colores, cruzando en cada punto tres hilos de lona, y el crochet está hecho con hilo azul ó hilo gris, haciendo en el primer color los toques más oscuros del grabado y en el gris los tonos más claros.

#### 20 Y 21. SOMBREROS PARA NIÑOS.

El primero es un sombrero de paja inglesa, blanca y negra con fondo elevado y ala estrecha, ribeteada de negro como la cinta que rodea la copa.

El segundo es un sombrero *postillon*, de paja, blanco y hondo, abollado, con ancho bies de terciopelo alrededor.

#### 22 Y 23. COPIA DE MAÑANA.

Esta gorra, que el núm. 22 muestra en su caja para ser transportada en viajes, tiene el fondo de muselina, de 28 cmts. de circunferencia, reducido por seis pliegues delante y uno grande por detras, una punta de tul de armar sostiene la parte de adelante, y una tira del mismo tul rodea el fondo y sirve de pié al encaje breton plegado que la guarnece, cubriendo casi el fondo una tira calada de encaje ó gasa, guarnecida de encaje y bullonada como indica el modelo. Cintas de raso azul pálido.

#### 24 Á 26. MÁQUINA PARA PICAR DIBUJOS.

El antiguo sistema de pasar los dibujos picando el papel se emplea siempre con éxito, y al efecto se ha inventado la máquina que presenta el modelo y que va picando el dibujo, dirigida por la mano izquierda, mientras la derecha apoya en el resorte que hace subir y bajar la aguja; los núms. 25 y 26 son dos rollos de paño, que sirven para pasar el polvo de albayalde ó almáciga molida, según el dibujo sobre blanco ó negro con que se rocía el papel picado después de prendido sobre la tela.

#### 27 Á 30. ASIENTO BORDADO PARA SILLA.

Está ejecutado sobre fondo de terciopelo color de oliva con seda de Argel, seguidos los contornos con cordón de oro; el núm. 27 ofrece la cuarta parte del dibujo, de tamaño natural; y los 29 y 30 el modo de hacer las hojas á feston, mientras los arabescos se ejecutan á cadeneta. Los colores deben estar en armonía con los del fondo, y los de nuestro grabado son marrón, oliva, granate, azul y pensamiento, cada uno de éstos en tres ó cuatro tonos.

#### 31 Á 33. BORDADOS SOBRE CUTÍ.

Se emplea para esta labor, destinada á cubierta de diferentes objetos, cutí á rayas anchas, blancas y de color. Cada cuadro tiene 54 cmts. de costado. Dos partes de la tela van cortadas al bies de un ángulo al otro; cada mitad se corta otra vez desde el centro hasta el ángulo para obtener los doce triángulos, como muestra el número 31. El 33 da de tamaño natural el bordado, que se ejecuta con seda de Argel, teniendo el ancho de la tira del modelo. Las rayas de color llevan á ambos lados galon de oro y claro de luna. El adorno de las rayas blancas consiste en puntos de dos colores, todo lo cual se deja al buen gusto de la bordadora.

#### 34 Y 35. FLECOS PARA VESTIDOS.

Corresponden al modelo núm. 3 de EL CORREO anterior.

#### 36 Á 38. PAÑUELO DE PUNTO DE LANA.

**Materiales:** 100 gramos de lana Pompadour; un crochet de madera.

La lana Pompadour es semejante á la lana musgo, mezclada con una hebra de seda, y se emplea para esos elegantes pañuelos, puestos en forma de capota, que tanto se llevan en verano, y que son indispensables en la estación que se aproxima. La cenefa se ejecuta á crochet tunecino. El fondo mide 70 cmts. y se hace en 70 vueltas con 200 puntos montados al punto cruzado.

Los diferentes grabados, de tamaño natural, explican claramente su ejecución.

#### 39 Y 40. CORBATA CHALECO Y LAZO PARA CORBATA.

El primero consiste en aplicaciones bordadas sobre raso ó terciopelo, completándose con una camiseta de encaje; el segundo lleva las lazadas y las puntas de raso blanco, de 22 cmts. de ancho, adornadas de puntillas cosidas pié con pié y sujetas con un ramo de flores.

#### 41 Y 42. CINTAS BORDADAS SIN REVES NI DERECHO.

Sirven para guarnecer delantales y ropas de niños.

#### 43. SOMBRERO-CAPOTA.

El ala, forrada de raso azul pálido, va adornada con una diadema bullonada, de 3 cmts. de ancho. Un plissé entre el borde y la diadema; alrededor del fondo una guirnalda de musgo fino; sobre el costado un ramo de rosas y primaveras; bridas de raso azul.

#### 44 Y 45. TOALLA BORDADA.

Este modelo, en tela casera, va adornado con cenefas á punto de zurcido, con algodón azul, sin revés ni derecho. Una puntilla de trencilla blanca (un punto en el aire y un punto doble) con algodón azul, guarnecen los dos extremos de esta rica toalla.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administración, para recibirla franca de porte.



#### LA PUREZA.

Tiene el alma una flor que es la más bella, que forma el paraíso de la vida; entre todas descuella y tiene un ángel que la ampara y cuida. Se llama la pureza, y su perfume hace sentir á un corazón de hielo, mas cuando se marchita y se consume, el ángel llora y se remonta al cielo.

MANUEL G. RENTERO.

#### DOS AMORES.

La decía su madre:

—¿Me quieres, niña?

Y respondía ella:

—Más que á mi vida.

Llegó el mancebo

y con él la muchacha

se fué corriendo.

Luego exclamó la madre muy afligida:

—Dijiste que me amabas más que á tu vida!

—No os engañaba,

madre; pero á él le quiero más que á mi alma.

Y pasaron ligeros

meses y meses,

y hoy es madre la niña;

y hoy no comprende

cómo á un amante

pueden querer las niñas

más que á su madre.

JOSÉ EXTREMERA.

#### LOS LAGOS DE LOMBARDIA.

Tres años de permanencia en Italia habían despertado en mí el adormecido deseo de volver á pisar el suelo patrio. Como para realizarlo tenía que vencer dificultades no pequeñas, resistí al principio; pero convirtiéndose el deseo en verdadera nostalgia, que nunca se ama tanto ni aparece tan bello el país en que se nace como cuando se le contempla desde lejos con la imaginación al través del prisma de los recuerdos, y no dudé más. Mi regreso á España quedó determinado.

Una mañana, leyendo los periódicos de Milan, en que á la sazón me hallaba, vi que el príncipe real de Prusia, con el fin de hacer una visita al rey *galantuomo*, al rey patriota Víctor Manuel, se disponía á dejar á Venecia, donde había llegado en compañía de la princesa, su esposa, trasladándose primeramente á Verona y después á la capital de la Lombardía para admirar su espléndida *galería* y su soberbia catedral, llamada con razón una de las maravillas del mundo, y recorrer en seguida los lagos de la alta Italia. Esta noticia trajo á mi memoria que varias veces había proyectado yo un paseo igual, y que otras tantas lo había aplazado dominado por la pereza propia de todo el que vive de asiento en una población, siempre que se trata de examinar las curiosidades que posee. Nada más cierto: cuando no hay obstáculos con que luchar, lo que se puede hacer hoy lo mismo que mañana, para mañana se deja. Pero las circunstancias habían variado. Resuelto á alejarme de Italia, no quería efectuarlo sin ver los lagos. Me puse de acuerdo con algunos amigos animados de la misma intención, y la excursión que no había llevado á cabo durante tres años se realizó al cabo de tres días. Si hubiese podido adivinar los goces que debía proporcionarme, mucho antes la hubiera verificado.

¡Los lagos!... ¡Cuán deliciosas impresiones éstos me recuerdan! Cuatro años han transcurrido desde que surqué por la última vez sus transparentes aguas y contemplé sus encantadoras orillas, y su sólo nombre basta para conmover mi alma. Es verdad que otro tanto sucede con cuanto se refiere á la nación que orgullosa los muestra. Lo bello abunda tanto en ella, que si cautiva con la hermosura de su cielo, sus tesoros artísticos y los infinitos documentos de su portentosa historia impresos por doquiera en sus ciudades, valles y llanuras, no sorprenden de ménos y entusiasma con su rica naturaleza y con la variedad de sus admirables paisajes. En las tierras bajas, las muestras del trabajo perseverante del hombre; en las montañas, los rasgos más brillantes del ilimitado poder del Creador.

Más de una vez he navegado por los lagos de la América Septentrional, inmensos mares de agua dulce cuyas olas en ciertas estaciones van á morir plácidamente en las costas cubiertas de bosques que los limitan, y se irrigan y encrespan en otras, sembrándolas de cadáveres y barcos destrozados impelidos por el sople terrible de la tempestad; he recorrido también los de Suiza, más pequeños, pero más graciosos y pintorescos, y en cuya superficie se reflejan los empinados montes de la cordillera de los Alpes; y sin embargo, los de Italia me deleitaron por la amenidad que les comunica una naturaleza fecunda en accidentes que el hombre ha sabido realzar con arte, pero sin despojarla de la magestad y grandeza que le ha dado Dios, el primero siempre y el más sublime de los artistas.

Nuestra excursión comenzó atravesando en breves horas por el ferro-carril que comienza en Milan y termina en Camerlata, las ricas y bien cultivadas campiñas lombardas. ¡Cuán distinta era entonces la plácida quietud que en ellas reinaba del tumultuoso movimiento y aterrador estrépito de los ejércitos que en otro tiempo se disputaron su dominio! Muchos laureles se han recogido sin duda en aquel terreno regado antes con sangre y hoy con el sudor del pacífico labriego. ¿Pero qué utilidad prestaron á los que con orgullo los conservan, si es que el tiempo no los ha reducido á polvo? Ninguna. Aquellos campos en que el ambicioso dominador jamás pudo fijar sólidamente su planta, pertenecen actualmente, como es justo, á los que en ellos nacieron ó de sus padres los heredaron: á los que vieron el sol de la patria en el sol que los ilumina y los fecunda. ¿Cuándo llegará el día en que solo se consideren como legítimas y duraderas las conquistas que el bien de la humanidad ordena y el derecho ratifica? Los hombres han nacido para amar-

se y protegerse y no para destruirse. Por tanto, los laureles manchados de sangre y regados con lágrimas, únicamente son inmarcescibles cuando se recogen en defensa de la patria, á la voz del deber y en el campo de la justicia.

Desde Camerlata nos trasladamos en ómnibus al puerto de Como, bonita ciudad en que vieron la luz los dos Plinios y el físico Volta; y que ha dado su nombre al lago cuyas azuladas ondas reproducen, cual si fuesen un espejo, los rojos techos de sus casas y las esbeltas torres de sus templos.

Así que nos hubimos abierto paso, no sin dificultad, por entre la multitud curiosa que en las inmediaciones del muelle se agolpaba, compuesta en gran parte de aldeanas de vistoso traje y de sonoro calzado de madera, de sacerdotes de rostro alegre y de movimientos ágiles deseosos de distraer su ociosidad, y de *bersaglieri* de marcial continente y rostro expresivo, medio oculto en la cascada de plumas que parece desprenderse de sus sombreros, entramos en el vapor que atado á la orilla aguardaba á los viajeros.

Hénos aquí en el lago. Imposible me sería dar al lector minuciosa cuenta de mis emociones desde el instante en que la embarcación cual un caballo inquieto ansioso de libertad y movimiento, dando fuertes resoplidos, comienza á surcar su superficie rizada por el blando céfiro, por el dulce Favonio de Horacio:

*Grata vice veris et Favoni.*

Tantas y tan distintas eran, que para mencionarlas todas preciso fuera escribir, no un artículo, sino un voluminoso tomo. Obligado, pues, á recurrir á los grandes rasgos que convertirán esta descripción en un bosquejo más bien que en un acabado cuadro, diré que al separarnos del muelle lo efectuamos acariciados por los tibios rayos del sol y bajo un cielo despejado por el cual corrían vagabundas, como si fuesen plumas de cisne transparente y ligeras, las nubes impelidas por el aire de la mañana.

La vista que podía examinar sin estorbo las dos orillas cuya proximidad da al lago la apariencia de un río, no se aparta ni un momento de las altas colinas que en ambas descuellan, coronadas muchas de ellas de antiguos castillos feudales arruinados, y en cuya base se esconden á medias coquetamente, á semejanza de la jóven que procura velar sus gracias para excitar más la curiosidad, elegantes villas ó palacios campestres, conventos, jardines y numerosas aldeas sobre cuyas apiñadas casas descuella el templo en que los labradores van á dar gracias al que tan pródigo de magníficos dones con ellos se ha mostrado.

Fija la atención en el panorama de cuya riqueza de tonos y diversidad de pormenores no sería posible dar idea, sólo se detiene brevísimos instantes en cada uno de los objetos que lo forman al sucederse unos á otros con la misma rapidez que las figuras en el círculo luminoso de una linterna mágica. Y muy atractivas debían ser tantas bellezas cuando no lograban distraerla los frecuentes episodios que en el vapor ocurrían, curiosos sobre todo si figuraban en ellos algunos de los muchos ingleses de ambos sexos que con los anteojos aplicados al rostro ó el lápiz y la cartera en la mano, estaban muy distantes de advertir la extrañeza que su raro y á veces extravagante traje causaba. Los hijos de la opulenta Albion, aunque se hallen lejos de su país, creen estar siempre en su casa. «Un esclavo no es un hombre», decían las damas de la antigua Roma al desnudarse sin rubor delante de los que las servían. Los hijos de la moderna Cartago viven igualmente persuadidos de que los que en ella no han nacido no tienen ojos para ver, ni entendimiento para discernir. ¿No son las demás naciones, ya que no esclavas, humildes servidoras de la suya? No ha llegado todavía el momento de que un nuevo Catón exclame como el antiguo, refiriéndose á ella: *Delenda est Cartago*.

Al llegar á Tremezzo, pequeño puerto levantado sobre una base de mármol lleno de *ammonitas* microscópicas, y población principal de la Tremezzina, considerada como el jardín de la Lombardía, así por su extremada fertilidad, como por sus vistosos terrados, graciosos edificios y frecuentados bosquecillos llenos de vida y animación, y por tanto en oposición completa con la apacible tranquilidad que en la otra orilla reina, sentimos las enérgicas reclamaciones de nuestro apetito estimulado por lo avanzado

de la hora y por el picante airecillo que nos obligó al fin á recurrir á los abrigos. Satisfecha en el *restaurant* del mismo vapor esta necesidad apremiante á que no se sustrae ni el espíritu más poético y contemplativo, pues si el estómago no elabora *quimo*, el cerebro no elabora ideas, volvimos á ponernos en observación.

Desde aquel sitio en adelante los cuadros que sin interrupción se suceden ofrecen mayor variedad y despiertan nuevo interés. La naturaleza con sus paisajes y el arte con sus palacios y jardines rivalizan en hermosura. Agópanse á la imaginación los notables acontecimientos históricos acaecidos en el doble anfiteatro cuyo pie baña el lago, y centenares de nombres célebres acuden en tropel á la memoria cada vez que la embarcación va dejando atrás los edificios habitados más ó menos frecuentemente por los que con su talento, sus triunfos ó sus riquezas los ilustraron. El encanto es continuo y duradero sobre todo al llegar á Bellaggio, sin disputa el sitio más bello del lago.

Situado casi en el centro de éste y en el vértice del ángulo que forman el de Como, propiamente dicho, y el de Lecco, es muy á propósito para servir de punto de partida á las diversas excursiones que así á pié, como en barca, desea efectuar el *touriste*. En efecto, desde allí se puede visitar la inmediata villa Frizzoni, totalmente de mármol, de construcción moderna y llena de valiosos cuadros pertenecientes á la antigua escuela veneciana; la villa Melzi, más grandiosa y espléndida á medida que más se acerca á ella la barca, y notable no sólo por sus estatuas, pinturas y suntuosa fachada, sino igualmente por la magestuosa torre lombarda, rodeada de ruinas ocultas en los bosques de acacias que dan al conjunto sombra y frescura; la villa Carlota ó Sommariva, no ménos rica en tesoros artísticos que las demás, y en que se muestra con orgullo: el grupo de mármol de Canova: *Psiche y el Amor*, y el cuadro encantador de Hayes, conocido con el nombre de *El beso*, que representa la separación de Julieta y Romeo al resonar en el aire el canto de la *alondra*. Imposible es asimismo dejar de mencionar los jardines de este palacio en que crecen mirtos de extraordinaria altura, fragantes laureles y verdes naranjos á cuya sombra se siente una deliciosa pereza, una enervante voluptuosidad.

—«Recostarse aquí sobre la hierba, dijo uno de mis compañeros, contemplar el cielo por entre las hojas de los árboles que extremece la blanda brisa del lago, cerrar los ojos y dormirse para no despertar, ¡qué muerte tan envidiable!»

—«Pues yo opino que vale más vivir para seguir gozando», le contesté. Mi prosaica observación puso término á su poético entusiasmo. No hay como el agua para apagar el fuego, sobre todo cuando se está á orillas de un lago.

Á las cuatro y media habíamos regresado á Bellaggio dispuestos á sentarnos á la bien provista mesa que en el hotel Genazzini nos aguardaba bajo los árboles y junto al lago cuyas ondas espiraban casi á nuestros pies. Después de haber honrado con nuestro apetito los manjares que nos sirvieron y de haberlos regado con añejo y espumoso barolo del mejor que producen los viñedos del Piamonte, nos pusimos otra vez en movimiento. El viajero, como el Judío errante, no puede permanecer tranquilo un instante, pero con la diferencia de que el uno ce le á la curiosidad que le domina, y el otro á la fuerza fatal é inexorable que lo impele.

Tratábase entonces de visitar, como lo hicimos, la villa Servelloni, situada en una alta colina á cuya base se extiende la risueña Bellaggio, ostentando sus hermosos y concurridos hoteles. El edificio está algo descuidado; el parque y los jardines que no lo están tanto, no ofrecen, sin embargo, nada de notable después de haber visto otros muy superiores á ellos en belleza; las ruinas del castillo que se enseñoreaba sobre aquella altura á que no se llega sin fatiga, así como las inscripciones romanas que con frecuencia en ella se encuentran, claro indicio de que no fué desconocida de los antiguos dominadores del mundo, sólo despiertan un interés ménos que mediano; pero el cansancio y la indiferencia desaparecen desde que la vista, pasando de los objetos inmediatos á los lejanos, se fija en el cuadro que de improviso la cautiva, que es soberbio.

Aparecen en él, sobre el firmamento entonces ligeramente velado por los transparentes vapores de la tarde, las nevadas cimas de los Alpes; escarpados montes más

cercanos desgarrados por los torrentes cuyos lechos secos producen el mismo efecto que los surcos trazados por el tiempo en la frente de un anciano; infinitos puntos blancos en que no es difícil descubrir otras tantas casas que, verdaderos milagros de equilibrio, se apoyan en las pendientes, lucientes al destacarse iluminadas por el sol sobre la faja sombría y mate de pinos y abetos que, formando grupos, acusan con la separación de éstos las profundas desigualdades del terreno. Podría decirse al ver aquellas moradas aéreas, que cansado el hombre de habitar las llanuras, ha ido á disputar á las águilas la cúspide de las rocas en que construyen su nido, y desde las cuales se descubre un horizonte ménos oscuro y más dilatado. Desde la altura en que nos encontrábamos, sin necesitar los penetrantes ojos del *lammergeyer* ó condor de los Alpes, que se cierne magestuosamente trazando círculos enormes en el aire para lanzarse de improviso sobre su descuidada presa, se distinguen con perfecta claridad: á la izquierda, el lago de Como, prolongado y azul como el cielo que en él se refleja; al frente, su continuación que forma un segundo brazo más agreste y ménos poblado; y á la derecha, el lago de Lecco, imponente por las montañas y peñas perpendicularmente cortadas que lo limitan y temible cuando el *Breva* de día y el *Tivano* por la noche convierten su tranquila superficie en espumosas olas y peligrosos remolinos. Desconocido ántes de todos ménos de los italianos que iban á admirar sus orillas, dejó de serlo desde que Manzoni tuvo el pensamiento de colocar en ellas el teatro de los amores y desventuras de *Lucia y Renzo*, conocidos en el mundo literario con el nombre de *i promessi sposi*.

El cuadro que acabo de bosquejar, grandioso de lejos, no lo es ménos si de cerca se le estudia. La noche nos sorprendió contemplándolo desde una barca cuando las altas y descarnadas riberas del lago se confundían gradualmente en la oscuridad, adquiriendo un tinte cada vez más sombrío, que al comunicarse al agua sobre la cual nuestra embarcación se deslizaba silenciosa como la naturaleza en aquella solemne hora, daba á la escena un carácter lúgubre y en cierto modo pavoroso. La imaginación, que en tales casos abulta los objetos ó los trasforma, nos hacía ver cosas que no existían, capaces de intimidar los ánimos apocados. Las rocas desnudas y negras parecían troncos de árboles gigantes cuyas copas se perdían en las inmensidades del cielo y cuya base desaparecía en el lago como desaparecían en la tierra las raíces de los árboles verdaderos que en las tinieblas tomaban figuras extrañas, deformes, fantásticas.

Ello es, que cual si nos sintiésemos aliviados de un peso invisible, cuya presión nos sofocaba á pesar nuestro, todos prorumpimos en un suspiro de satisfacción al alejarnos de allí para regresar á Bellaggio. En el momento de llegar percibimos las suaves melodías de una orquesta procedentes del jardín iluminado del hotel de la Gran Bretaña, nombre destinado á halagar la vanidad de los ingleses que son los que más gastan y frecuentan más los lagos de Italia y Suiza. Cansados después de un día de continuo movimiento, imitando á Ulises resuelto á no dejarse seducir por el canto de las sirenas, nos tapamos los oídos y fuimos en busca del reposo de que harto necesitábamos. Ya en el lecho, los lejanos ecos de la música no eran temibles, porque el sueño nos puso bien pronto á cubierto de sus asechanzas.

No sin hacer un gran esfuerzo dejamos dos días después aquel delicioso sitio y perdimos de vista el lago y sus sinuosas orillas, para internarnos en el cantón del Tessino. Primero en vapor y después en ómnibus, al separarnos de la costa lo hicimos por un camino tortuoso aunque cómodo, desde el cual, á medida que subíamos, veíamos aparecer, para ocultarse en breve, como sucede en todo terreno pendiente y accidentado, bellísimas cañadas, grupos inmensos de rocas desprendidas de las alturas por los aludes, profundas quebradas llenas de aldeas y solitarios edificios, alternando con bosques de castaños y grandes árboles por cuyas ramas trepaba la vid formando con sus pámpanos elegantes festones, todo cuanto constituye, en fin, las incomparables bellezas de los paisajes alpestres. Absortos en la contemplación de tan hermoso cuadro nos dirigimos al lago de Lugano, de transparentes aguas y exquisitas truchas, y en cuya orilla se halla la población del mismo nombre. El inte-

rior de ésta dista mucho de corresponder por sus estrechas y mal empedradas calles y sus antiguas casas, dotadas casi en totalidad de pórticos bajos, oscuros y macizos, á su encantadora posición y péticos alrededores. Pero nosotros no íbamos más que á ver el lago y á éste dedicamos principalmente nuestra atención. Su aspecto, desde las ventanas del hotel en que nos hallábamos alojados, era imponente. Las altas montañas que le circundan se distinguen por su forma redondeada y suave pendiente. Allí han desaparecido las cúspides angulosas y prismáticas que acusan la existencia del granito y de la sienita. La escasez de edificios hace sentir la triste, aunque dulce impresión de la soledad. Por lo dicho se comprende que si el lago es capaz de cautivar el ánimo de las personas serias y melancólicas, no así el de las jóvenes, alegres y risueñas, que no conocen aún más que el lado placentero de la vida, insensible á todo espectáculo en que falta la animación. Magestuoso y en cierto modo salvaje, hace pensar sin querer en el inmenso cataclismo que del fondo de las aguas, como se colige de la inclinación de los estratos ó capas del terreno y de los fósiles así de agua dulce como de agua salada que en ellas se encuentran, elevó el suelo á tan considerable altura.

Lugano es el punto de partida de muy agradables excursiones. El arte italiano se muestra allí por medio de las estatuas y pinturas que adornan algunos edificios, entre las cuales merece particular mención el célebre fresco de la fachada del templo de Santa Maria de los Angeles, representando la Pasión, obra de Bernardino Luini. Construcciones notables

como el puente por donde pasa el ferrocarril que corta el lago en dos partes, y otros objetos, llaman la atención en aquel sitio muy frecuentado actualmente por los viajeros, y donde el idioma, así como las costumbres, revelan el origen italiano de sus habitantes. Pero pronto está visto todo. Por tanto, no tardamos en despedirnos de las pintorescas

orillas del Tresa, que pone al lago en comunicación con el Mayor, al que llegamos algunas horas después.

Para esto salimos en diligencia á las ocho de la mañana. El tiempo continuaba hermosísimo. Si en el fondo de los estrechos valles que se extienden á entrambos lados del camino no se distinguían claramente los objetos semivados por una ligera niebla que el sol no tardó en disipar. Entonces fué cuando se mostró el panorama en toda su belleza. De carácter alpestre al principio con sus elevados montes y profundas quebradas, por las cuales se deslizan cual sierpes de plata numerosos arroyuelos unidos á los pequeños lagos en que desembor-

can por vistosas cascadas, va variando gradualmente: á las desigualdades del terreno suceden planos inclinados sembrados de bosques de castaños, viñedos y prados, cuya hierba humedecida aún por el rocío, parecían grandes espejos. Has-

ta que no se llega á Luino no se descubren el lago mayor, que aparece casi de repente ostentando su más grande anchura.

Si el lago de Lugano se halla casi todo en territorio suizo, el Mayor, puede decirse, es casi por completo italiano. Más extenso que el de Como, la evaporación le hace perder una cantidad mucho más considerable de agua que está encargado de reponer el Tessino al verter en él las suyas. Desde que se entra en el vapor, y á medida que se aleja uno de la orilla, perdiendo poco á poco de vista el soberbio palacio Crivelli, adorno principal de Luino, la escena cambia enteramente. El cuadro no se distingue ya por la forma imponente de las montañas ó por la magestad de los paisajes. Comunicable su principal encanto la incomparable riqueza de colores que ofrecen el lago, las colinas que le rodean y el horizonte azul que lo termina. Allí todo es alegría, luz y amenidad. Las aguas, en vez del verde oscuro de los montes, sólo reflejan el color purísimo del cielo. En una palabra, la naturaleza parece sonreír por todas partes.

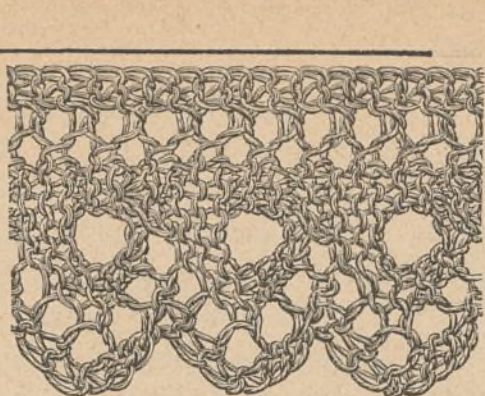
Resueltos á detenernos en Pallanza, por su proximidad á las islas Borromeas, que deseábamos visitar con despaño, no tardamos en llegar á aquella bonita población, deliciosamente situada y notable por sus bellos cuadros y frescos, así como por las muchas antigüedades romanas encontradas en sus inmediaciones.

Las cuatro islas Borromeas vistas desde Pallanza, las dos principales particularmente, parecen otros tantos castillos de hojas y flores flotando en una superficie de cristal. Durante el paseo que por la tarde dimos en barca,

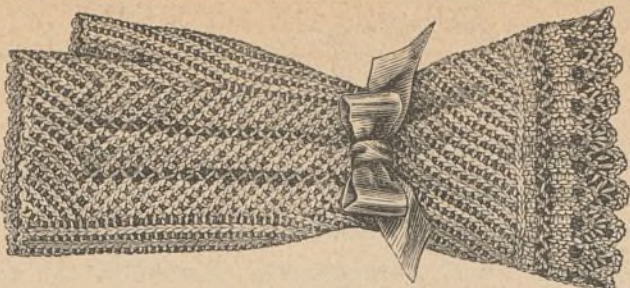
no sólo pudimos admirar su belleza exterior y la elegancia de sus terrados, sino contemplar asimismo la magnificencia de la escena que nos rodeaba.

A los oblicuos rayos del sol, próximo á su ocaso, presentaban un aspecto mágico las antenas de granito de Rávena, que bañadas por ellos, parecían destacarse tras una lluvia de polvo de oro. Entre ellas y el monte Orfano, aparecían á lo lejos, con su deslumbrante blancura, las nieves del Portiengrat. En nada exagero al asegurar que aquel espectáculo, además de ser espléndido, tenía algo de fascinador.

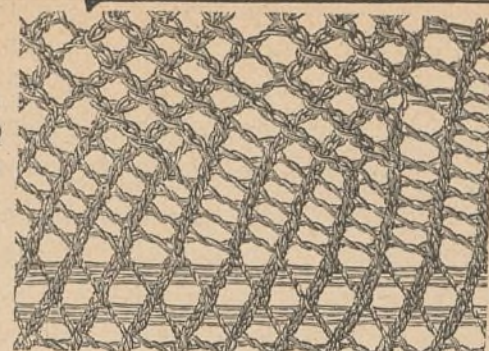
No extraña, pues, el lector que después de haber recibido impresiones tan suaves y risueñas, disfrutase de un sueño agradable y tranquilo, sólo interrumpido por la luz del alba al penetrar por los cristales de la ventana de mi



7. Pantilla para el miton núm. 5.



5. Miton de punto de aguja. (Véanse los núms. 7 y 8.)



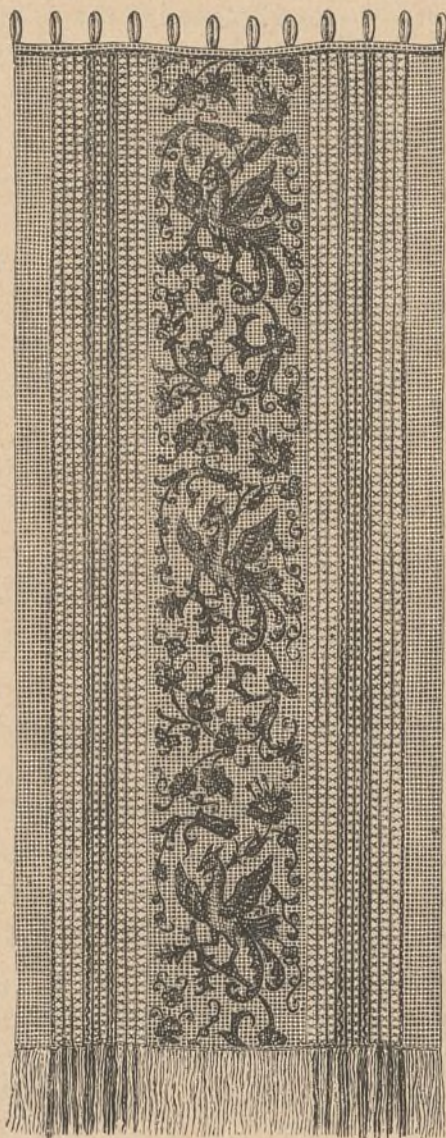
8. Calado para el miton núm. 5.



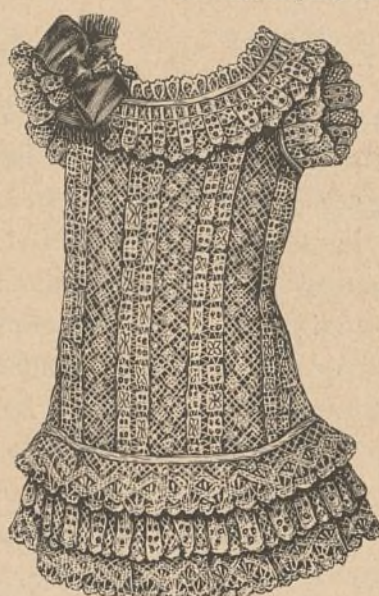
9. Corbata con encaje irlandés y oro. (Véase el núm. 10.)



12. Vestido para niño.



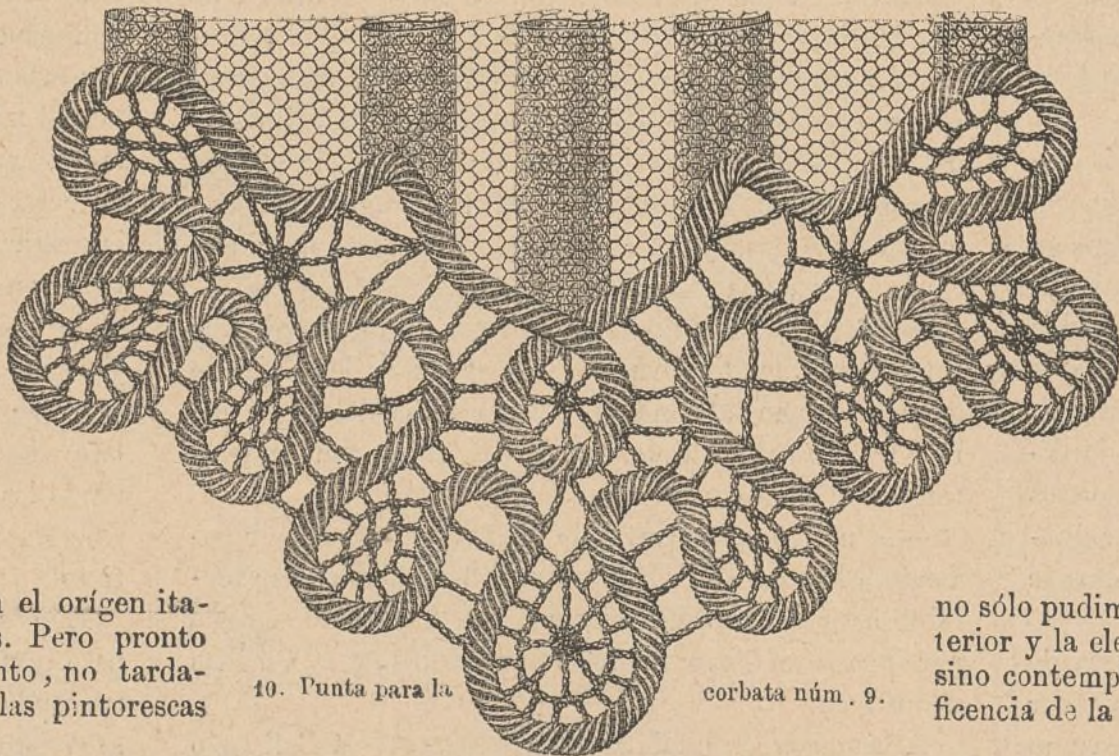
14. Transparente bordado y calado. (Véanse los núms. 15 á 17.)



13. Vestido para niño.

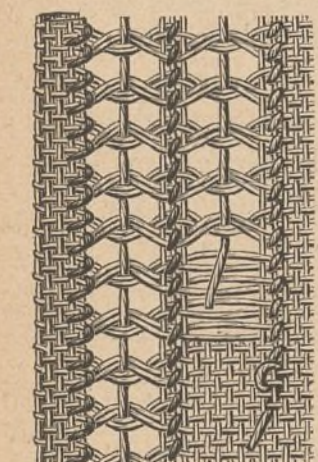


11. Corbata bordada en tul.

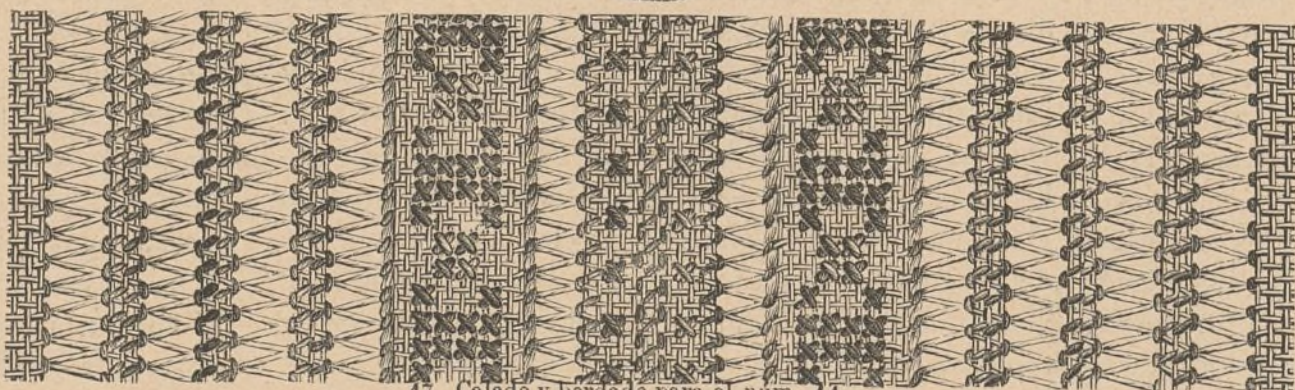


10. Punta para la

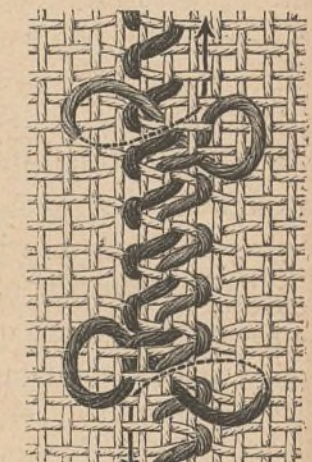
corbata núm. 9.



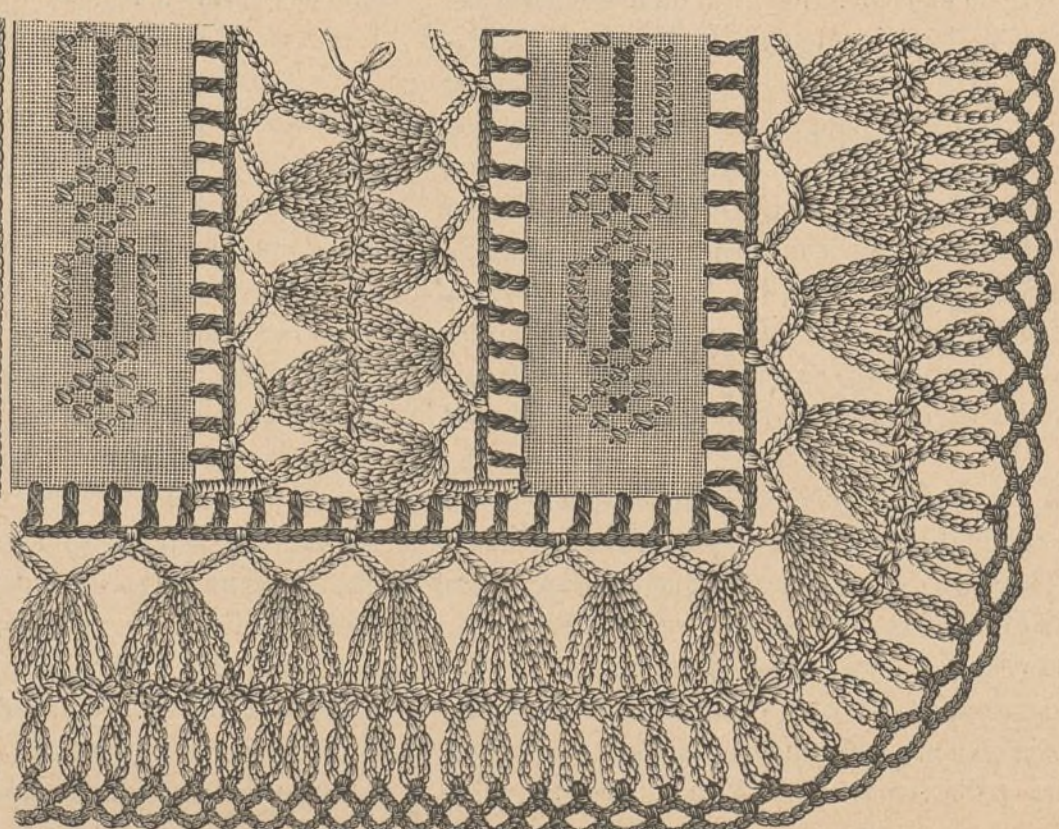
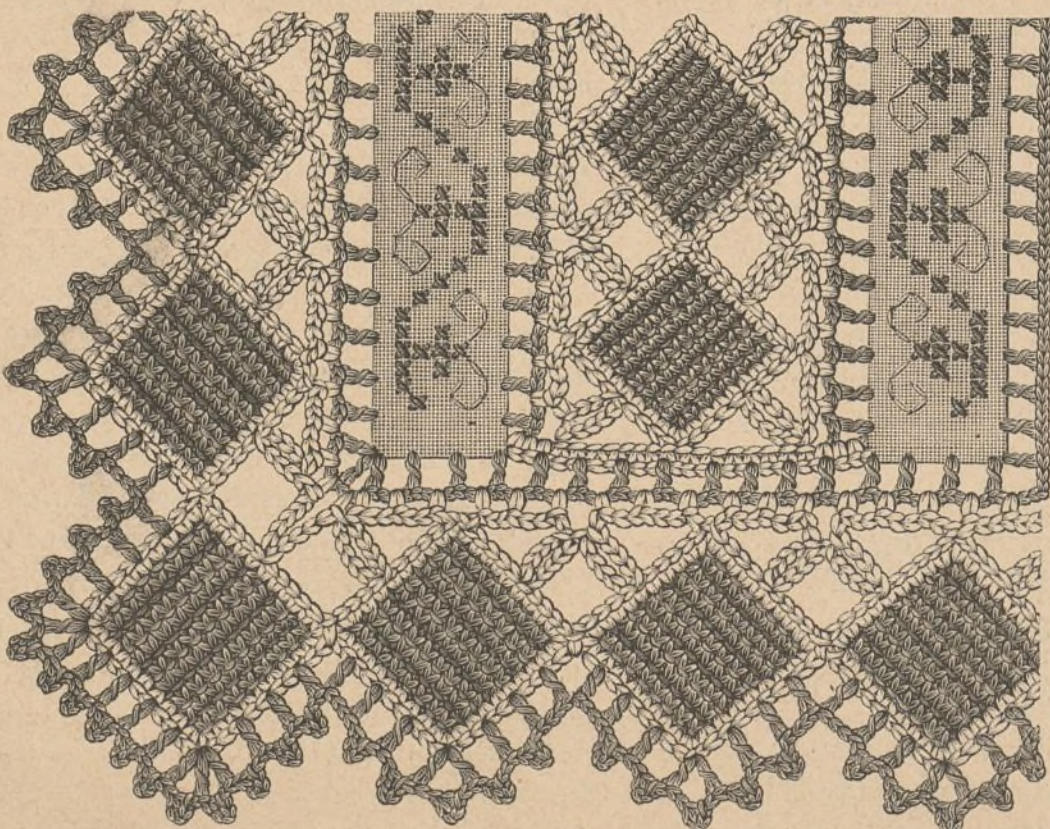
15. Cenefa para el núm. 14.



17. Calado y bordado para el núm. 14.



16. Bordado para el n.º 14.



18 y 19. Tapete para velador. Bordado y crochet

cascadas,  
ualmente:  
es del te-  
anos incli-  
s de bos-  
viñedos y  
rba hume-  
rocio, pa-  
ños. Has-  
que no se  
a á Luino  
se descu-  
bien el la-  
mayor,  
e aparece  
de repen-  
te osten-  
tando su  
más gran-  
de anchu-  
ra.

Si el la-  
go de Lu-  
gano se  
si todo en  
rio suizo,  
or, puede  
, es casi  
pleto ita-  
o, la eva-  
idad mu-  
el Tessi-  
apor, y á  
o de vista  
la escena  
orma im-  
Comuni-  
lores que  
ul que lo  
en vez del  
del cielo.  
ces.

las islas  
on despa-  
onita po-  
table por  
o por las  
tradas en

el n.º 14.

próximo  
ecto má-  
de Ráve-  
parecian  
polvo de  
Orfano,  
deslum-  
del Por-  
asegurar  
as de ser  
cinador.  
que des-  
pues de  
haber re-  
cibido  
impre-  
siones  
tan sua-  
ves y ri-  
sueñas,  
disfruta-  
se de un  
sueño  
agrada-  
ble y  
tranqui-  
lo, sólo  
inter-  
rumpido  
por la  
luz del  
alba al  
penetrar  
por los  
cristales  
de la  
ventana  
de mi

HERMOTECAL  
MADRID



Pl. 401.

EL CORREO DE LA MODA.  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Calle de la Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

cuarto. Tan  
me hallaba  
rrer las isla  
meas, que  
imposible  
necer en l  
me levanté  
gando á mi  
ñeros, no  
placer ó dis  
yo, á hacer  
to. Los hom  
lemos volve  
ños cuando  
pele ó un v  
na: nuestra  
lla todas  
Sin embarg  
como nosot



29. Hoja b  
feston para el

te, nos ent  
Al fin seña  
minuto, de  
más próxim  
*Pescatori* es  
familias de  
la pesca, n  
Admitidos  
damos en a  
y en recorre  
que suben y  
cillos de m  
leas y came  
de flores, c  
de éstas, c  
de sus pe  
alfombraba  
rialmente el  
lo. Para q  
no le falta  
se anima  
cion a  
aquel  
cuadro,  
á que po  
dia aplicars  
la descrip  
hecha por el  
so de los en  
jardines de  
que sólo vi  
tástica ima  
tuvo el ext  
colocar en u  
tura en que  
res, á cada  
hacia uno y  
no despavo  
reales, faisa  
aquel peque  
otros, las p  
unidas á las  
orilla merid  
ricanos. Su  
sentimiento  
naturaleza e



31. Bordad

cuarto. Tan ansioso me hallaba de recorrer las islas Borromeas, que siéndome imposible permanecer en la cama, me levanté, obligando á mis compañeros, no sé si con placer ó disgusto suyo, á hacer otro tanto. Los hombres solamente volvieron niños cuando la curiosidad nos impele ó un vivo interés nos domina: nuestra impaciencia atropella todas las consideraciones. Sin embargo, otros viajeros que como nosotros se habían alojado

28. Sombrero para niño.

25. Rollo de paño para picar dibujos.

26. Modo de hacer el rollo 25.

22. Cofia en su caja. (Véase el n.º 23.)

21. Sombrero de paja.

24. Máquina para picar dibujos.

29. Cofia de mañana. (Véase el n.º 22.)

21. Sombrero para niño.

nuestra visita á la *Isola Bella*. Al alejarnos en dirección á Pallanza fué cuando advertimos que no habíamos almorzado. El placer de los sentidos nos hizo insensibles á las reclamaciones del estómago. Si esto nos sucedía con nosotros mismos, ¿cómo extrañar que cuando el deleite nos domina nos mostremos sordos á las súplicas de los demás por justas que sean?

A la siguiente mañana, parecida por su apacible serenidad á la anterior, nos dirigimos á la indicada isla, en otro tiempo llamada de Vénus ó de Cupido, y que merece bien cualquiera de los dos nombres, porque la belleza reina en ella, y sólo amor revelan el canto de las aves y el perfume de las flores. Al contemplar desde la barca la alta pirámide de terrados superpuestos que la forman, comprendimos una vez más el poder del dinero, de esa palanca capaz de estremecer el mundo por ser una de las fuerzas mayores, más vivas é irresistibles de las sociedades modernas.

Con el dinero fué sin duda con el que realizó maravillas el Conde Vitaliano Borromeo, tanto en la *Isola Bella* como en la otra, su hermana. Pues qué no es verdaderamente maravilloso el hecho de transformar dos ásperas y desnudas rocas en esos conjuntos indescriptibles de palacios y jardines en que no se sabe qué admirar más, si la elegancia y riqueza de las construcciones, ó el gusto artístico que en ellos resalta? Sólo así podía haber llevado á cabo tan sorprendente obra. Merced á la solidez y armonía que en ella predominan, siendo puramente artificial, tiene el mismo aspecto que si fuese debida á la naturaleza.

Nada iguala al poder de Dios, esto es innegable; pero no lo es menos que el hombre con auxilio del genio, ráfaga divina del vivificante fuego, sin el cual el universo no sería aún más que confusión y tinieblas, imita á veces sus creaciones de una manera asombrosa. No extrañemos, pues, que el poeta en un rapto de entusiasmo haya exclamado:

«El genio es como Dios, el genio crea.»

Estas reflexiones hacía al subir de terrado en terrado para penetrar en el magnífico palacio en que la suntuosidad del pasado siglo se une al gusto moderno. Todo es allí elegante por su forma é imponente por la fuerza de concepción que revela. El lujo de los muebles que adornan los salones; el mérito de la mayor parte de los cuadros que cubren las paredes rodeados de artísticos caprichos (generalmente ángeles y flores); los frescos de sus techos, en cuyos relieves campean el azul y el oro; todo, en fin, sorprende y admira, no obstante conservar el sello de una antigüedad en que había modas é ideas muy dis-

32. Bordado sobre cuti. (Véanse los núms. 31 y 33.)

33. Bordado sobre cuti. (Véanse los núms. 31 y 33.)



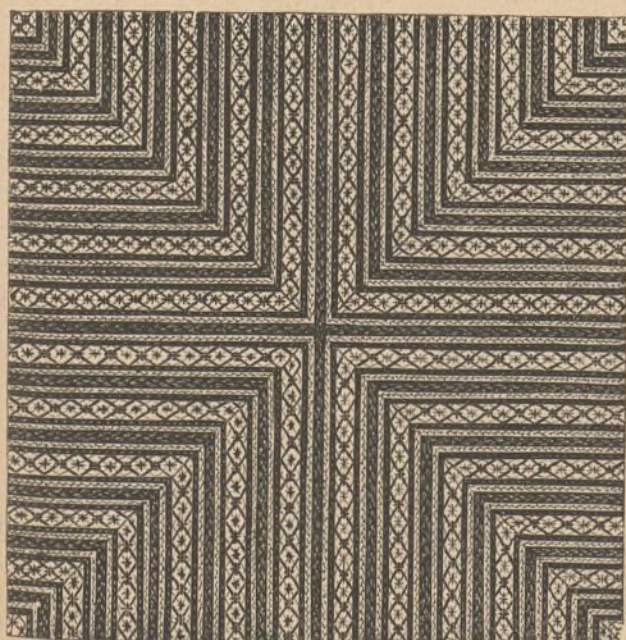
29. Hoja bordada á feston para el núm. 28.



30. Hoja bordada á feston para el núm. 28.

Para matar el tiempo y hacer más llevadera la tardanza, tomamos una barca, y ya que no podíamos visitarlas aún interiormente, nos entretuvimos en contemplarlas otra vez por fuera. Al fin señaló el reloj la ansiada hora, y sin perder un minuto, dejando atrás la de San Giovanni, que es la más próxima á Pallanza, y que así como la de *I Pescatori* está cubierta de casas habitadas por familias dedicadas enteramente al ejercicio de la pesca, nos dirigimos á la *Isola Madre*. Admitidos en ella sin dificultad no tardamos en admirar sus poéticos jardines y en recorrer los tortuosos senderos que suben y bajan entre bosquecillos de mirtos, laureles, azaleas y camelias tan cubiertas de flores, que las corolas de éstas, desprendidas de sus pedúnculos, alfombraban materialmente el suelo. Para que no le faltase animación a aquel cuadro, á que podía aplicarse la descripción hecha por el Tasso de los encantados jardines de Armida, que sólo vió en su fantástica imaginación, y que tuvo el extraño capricho de colocar en un terreno y á una altura en que ni crecen árboles ni flores, á cada paso que dábamos huían hacia uno y otro lado prudentes, pero no desprovistas, bandadas de pavos reales, faisanes, pintadas y tórtolas, á los pob'adores de aquel pequeño paraíso donde respiraban, á la par que nosotros, las perfumadas emanaciones de las lilas y las fresas, unidas á las de los limoneros y naranjos que crecen en la orilla meridional al lado de los dragos, aloes y agaves americanos. Su canto y sus arrullos inspirados por el amor, sentimiento á que de una manera irresistible obedecía la naturaleza entera, parecían responder á nuestras exclamaciones de sorpresa y admiración.

Ignoro cuánto tiempo permanecimos allí, porque las horas de placer se sienten y no se cuentan. Solo recuerdo que nos retiramos muy tarde, lo que nos obligó á aplazar para el siguiente día



31. Bordado sobre cuti. (Véanse los núms. 32 y 33.)



29. Asiento de sillón bordado. (Véanse los núms. 27 á 30.)



33. Bordado sobre cuti. (Véanse los núms. 31 y 33.)

tintas de las que hoy reinan, y que por lo mismo es quizá uno de sus mayores atractivos.

(Se continuará.)

EMILIO AUBER.

## BAÑOS DE BAÑOS.

(Viajes por mi patria.)

### IV.

DE QUIÉN ERA RAFAEL, UN HÉROE DE ESTE LIBRO.

Hay en Madrid, como en muchos grandes centros de poblaciones populosas, un número de jóvenes que nacen, viven y crecen sin saber para qué han venido a este mundo. Apenas tienen siete años y se hacen dar *Don* por todos los criados de la casa; tienen un profesor particular que les enseña el francés y el latín; a los quince años obtienen el título de bachiller sin haber pisado diez veces las clases del Instituto, y a los veinte son abogados y son doctores, sin haber conocido, más que de oídas, a los profesores de la Universidad. Bien que saben montar a caballo, concurren frecuentemente al Circo gallístico de Santa Bárbara, y todas las tardes acuden al tiro de pistola de la Fuente Castellana. Hablan de toros como podría hacerlo Frascuelo; tienen coches cómodos para todas las estaciones del año; abono en el Real; turno en Apolo, y se dejan ver los días de *moda* en todos los espectáculos... ¿Quiénes son estos jóvenes tan elegantes? Pues los amigos de Rafael; Rafael mismo que parece una persona fina, instruida, de talento y apenas puede redactar una carta, si no se la dicta otro y se la corrigen despues; Rafael mismo que tutea a las duquesas, que se permite confianzas con las marquesas y que se oye llamar de todo lo más elegante de Madrid *guapo, oportuno, gracioso* y... hasta que tiene talento.

Rafael no sabe lo que es tener talento, como no lo saben sus amigos, para quienes el talento nada representa, nada vale. Ellos se creen tenerlo por cuatro frases, muchas veces cuatro groserías insulsas, que han aprendido en Baden-Baden ó en París. El talento no es el conjunto de palabras más ó menos agudas, rebuscadas por cualquier pedante ó aprendidas de un majadero. El talento es una serie de dotes naturales ó sobrenaturales con que nacen algunos seres privilegiados por la Providencia; es, ó son, mejor dicho, los dotes intelectuales, como ingenio, capacidad, prudencia, etc., que resplandecían en Cervantes, que sobresalían en Lope de Vega, que brillaban en Tasso y que siempre tuvo Calderón, como Camões y Ariosto. ¿Por qué era Rafael así? ¿Por qué son como él tantos jóvenes de nuestra mejor sociedad? La educación que reciben en la infancia y el ejemplo que ven en sus mayores, cuantos les rodean y cuantos les hablan, todo imprime en el corazón de nuestros elegantes jóvenes ciertos humos *extranjeros*, cierta pedantesca frivolidad que afecta sencillez cuando en realidad no es otra cosa que ignorancia.

Se confunde entre nuestros aristócratas la educación con la instrucción. Este es el mal. Ellos quieren que sus hijos aprendan a montar, guien un coche, *chapurren* en francés, saluden con afectada elegancia, coman con estudiada forma, y ya le consideran hombre instruido y capaz de lanzarse a la vida del gran mundo...

A estas inocentes meditaciones estábamos entregados, despues de haber arreglado nuestro equipaje, cuando oíamos a Rafael que subía las escaleras de nuestra casa tarareando:

Quando voy por la calle  
de mi paloma,  
hago una paradita  
por ver si asoma.

Dame un poco de agua  
fria ó caliente,  
no por la sed que tengo,  
sino por verte.

Un campanillazo descomunal hizo gritar a la doncella, y murmurar a los demas domésticos de casa.

—Son las tres y media, exclamó Rafael, sin otro saludo.

—Ya lo sé, camarada.

—¿Tienes el equipaje pronto?

—Está arreglado.

—¿Partimos?

—Cuando quieras.

Y descendimos las escaleras, nos colocamos en un coche, mientras los mozos de cuerda conducían los mundos, las bastoneras y las sombrereras.

Rafael se encargó de facturar y sacar los billetes. Conversando con los mozos de la oficina, mientras le despachaban los talones y billetes, notó Rafael, sin darse cuenta al pronto de lo que representaba el hecho, que le daban un tirón del bolsillo del chaleco, y se encontró en seguida sin reloj. Turbado en el primer momento y temeroso luego de que aunque diese voces nada conseguiría, se calló y se encaminó a la puerta, y allí, en medio de las personas que estaban agolpadas para salir, reparó que alguien le ponía algo en la mano, é instintivamente la apretó y se quedó con el objeto... ¡Era su propio reloj! Es sabido que los rateros hacen pasar los objetos que hurtan a manos de alguno de sus compañeros de oficio que se encuentra en el mismo lugar en donde han cometido el hurto. El que lo robó a Rafael trataba de hacer la antedicha operación y equivocaría el sujeto, entregando la alhaja a su verdadero dueño, en vez de darla a alguno de los perillanes preparados para hacer el cambio de manos.

Cuando Rafael, aturrido por este doble escamoteo, me contaba el lance, camino de la estación, le contábamos sonriendo de la broma:

—Para completar este bonito cuadro, no falta más sino que te prendan los agentes de la autoridad, se incauten del reloj y lo devuelvan al ratero.

Rafael, con el ejemplo anterior, se abrochaba el gabán cuando paseábamos por el andén de la estación, esperando la hora de partir. Tenía miedo por su reloj, no sabemos si a los rateros ó a que fuese sorprendido por los agentes de la autoridad, con el cuerpo del delito encima. Paseábamos y volvíamos a pasear de un extremo a otro el andén, cuando cruzó por delante de nosotros un empleado del ferrocarril que vestía blusa y gorra baja con visera, ostentando sobre su pecho una cruz. El empleado apenas me reconoció se quitó la gorra.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Rafael.

—Juan, mi antiguo criado de confianza.

—¿Lleva una cruz sobre la blusa?

—Sí, el distintivo más honroso que puede llevar ningún hombre. Juan era en 1870 guarda-agujas de esta línea, y daba el servicio en la estación próxima al Escorial, en el empalme de dos vías. Un día estaba en su punto con la palanca en la mano, pues se había dado la señal de aproximarse un tren: éste se hallaba sólo a algunos segundos de distancia del empalme, cuando el guarda-agujas, volviendo la cabeza, ve a su hijo que estaba jugando sobre los rails. Héroe de su deber, el padre toma una resolución sublime y dolorosa. —«Echate en tierra,» grita a todo riesgo al niño con voz desesperada.

En cuanto a él, permaneció en su puesto. El tren pasó por la vía que le correspondía... Se habían salvado más de mil viajeros ¡pero el pobre niño! Loco el padre, corre para recoger su cadáver... ¡Pero qué alegría la suya! El niño había oído y ejecutado al pie de la letra la recomendación paternal: echado en tierra, había pasado el tren sobre él sin tocarle en uno sólo de sus cabellos. Al día siguiente el rey, no, que entonces no teníamos rey, el Presidente del Poder Ejecutivo, mandó llamar a Juan, y él mismo le colocó en el pecho la medalla del valor civil que lleva sobre su blusa, con mucho orgullo.

Al llegar aquí, Juan, el héroe de nuestra conversación, gritaba con voz descomunal:

—¡Señores viajeros... al tren!!!

Y entramos en nuestro departamento y seguimos la suerte del tren que comenzó a moverse como una enorme serpiente.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

(Se continuará.)

## LA MAESTRA DE ESCUELA.

POR

MADAME BOURDON.

arreglo del francés

DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Continuación.)

Los demas altares se vieron asimismo engalanados con manteles blancos guarnecidos de lindas puntillas de aguja.

Susana trabajaba en estas obras con el mayor placer; por la primera vez, desde hacía seis años, gustaba las dulzuras de su casa, dulzuras que nunca son tan apreciadas como cuando se ha vivido durante largo tiempo en casa ajena; *jamás es pequeña la casa propia*, ha dicho

el buen Ducis, y a Susana le parecía la suya una mansión deliciosa.

A su llegada al país vivía la joven en el retiro más absoluto, y únicamente dedicada a sus deberes y a sus labores; poco a poco fué conociendo las familias de los pobres, y empezó a visitar a los ancianos, a las viudas y a los enfermos, persuadiéndose pronto de que es fácil hacer mucho bien con muy pocos recursos; un poco de caldo, una botellita de jarabe que ella misma confeccionaba, y alguna ropa blanca usada, eran grandes socorros para aquellas pobres gentes desnudas de todo, porque los indigentes labradores, que cultivan las campiñas de Francia, están en su vejez y en sus enfermedades, privados de casi toda asistencia caritativa; y sin embargo, les son necesarios muy pocos socorros a estos hombres sóbrios y sencillos.

Los colchones enviaban a Susana de vez en cuando algunos presentes agradecidos a la tierna afección que demostraba a sus hijas, y la joven maestra los guardaba para sus pobres, asiendo al vuelo las ocasiones de hacer bien que la Providencia le enviaba.

No cuidaba ménos de las enfermedades del alma en las personas a quienes socorría; su mano delicada sabía lo mismo apaciguar un dolor que despertar una alegría, y que acercar a los labios desecados de la desesperación la copa del consuelo, hablando de Dios y de su Madre, tierna protectora de los afligidos, y que ha dicho:

*Acudid a mí, y no os iréis sin remedio a vuestra pena.*

Dos años se pasaron para aquella joven que había frecuentado los más brillantes salones de París en estos trabajos oscuros, en estas caritativas tareas; dos años dulces, rápidos, rientes y tranquilos; al cumplir el segundo, Susana llegaba a los 27 de su edad.

### III.

Era una tarde de otoño, una de esas bellas tardes de Setiembre, en las que el aire tibio agita débilmente las hojas ya amarillentas de los árboles, y en que la luna se muestra en el cielo de un pálido azul en su hermoso creciente, mucho antes de que el sol descendiera al horizonte.

Susana salió de su casita, terminada ya su clase, y con paso ligero se dirigió al bosque y tomó un sendero trillado; detúvose al cabo de pocos instantes en un lugar donde la reunión de muchas sendas formaba una especie de plazoleta, y tomó un camino inculto y rodeado de zarzales que la condujo a una cabaña del aspecto más miserable, baja, húmeda, con el techo cubierto de musgo y de hierbas, las paredes ruinosas, y rotos los vidrios de las dos únicas ventanas que la alumbraban.

Esta pobre morada estaba rodeada de un pedazo de tierra donde crecían algunas plantas enfermizas de patatas; una cabra, atada con una cuerda al muro verdozo de la cabaña, mascaba algunas raras hierbas que estaban a su alcance y las plantas parásitas; todo anunciaba a la vez la miseria y la incuria.

Susana abrió dulcemente la puerta y se halló en una habitación más mísera aún que el exterior, y amueblada solamente con una mesa coja y algunas sillas rotas; vajilla ordinaria, frascos vacíos, y utensilios de cocina, estaban arrojados por el suelo, y las paredes ahumadas no tenían otro ornato que algunos pájaros nocturnos que habían penetrado por las ventanas abiertas y se habían refugiado en las negras vigas del techo, como imágenes de desolación y de muerte.

En el fondo de esta triste estancia, acostada sobre un jergón y cubierta con una colcha de indiana toda remendada, se hallaba una pobre mujer joven aún, pero de la cual la extrema flacura, los pómulos encendidos y los nublados ojos anunciaban una enfermedad mortal; tenía entre sus brazos a un niño de pocos meses que lloraba de hambre y de sed; pero la pobre madre no se ocupaba del niño; le mecía con un movimiento maquinal y fijaba los ojos con espanto en su marido, que se hallaba de pie al lado del hogar apagado.

Era un hombre en la fuerza de su edad, rechoncho, vigoroso, de barba rizada, y en sus ojos, de un azul claro, había alguna cosa de siniestro; tenía en la mano una escopeta de caza bastante elegante; y otra escopeta más grosera se hallaba colgada de la chimenea; un perro todo agitado daba vueltas por la miserable estancia, y fijaba en su amo miradas inquietas.

—Buenos días, dijo Susana al entrar; ¿cómo estáis, Josefina?

—¡Ah, piérais...!

—¿Qué Josefina rido, que perro.

—¡Ah, que Bertra

—Explic

zura; quiza

—Pues do; Bertra

del señor c

tendia de n

palabras,

guarda su

un proceso

riré de han

—¡Dios

mó Susana

muy mala

gencia; vos

viéndose a

—Y po

mente; lo

cabeza al d

van la mar

menta las

mias.

—Pero

jornal que

mujer; jah

tros pobre

Bertran

pero Susa

—¡Calla

disgustos

—¡Si el

Bertrand,

ñana mi m

ha ofrecid

estaria tra

—Voy

Susana; m

conde tenc

de salir de

jaros de la

a ganar vu

buena muj

que tenía

do vos que

tará el que

queños qu

puedo com

—Sí, se

trabajaré,

conde olvi

Susana

bia alguna

—Señor

castillo, h

falta un re

—Bien

Unio

En París s

PER

Patro

En esta

tículos de

gitudad

C

TRES

Depósito

tera, 8.—M

—¡Ah, señorita! respondió la pobre enferma; si supierais... ¡qué desgracia!

—¿Qué sucede?

Josefina alzó una mirada interrogadora hacia su marido, que no dijo nada, contentándose con llamar al perro.

—¡Ah, señorita! repitió la enferma; habeis de saber que Bertrand... ¡ay! ¡ya no nos faltaba más que esto!

—Explicáos, mi pobre Josefina, dijo Susana con dulzura; quizá el mal no sea tan grande como pensais.

—Pues bien, señorita, dijo la pobre mujer sollozando; Bertrand ha vuelto á encontrar al guarda particular del señor conde, que ha reconvenido á mi marido porque tendia de noche lazos á las perdices; se han dicho malas palabras, y mi desgraciado Bertrand ha arrancado al guarda su escopeta y le ha amenazado con ella... ¡Habrà un proceso verbal, se le pondrà en la cárcel, y yo moriré de hambre con mis pobres hijos!

—¡Dios mío! ¡es, en efecto, una gran desgracia! exclamó Susana, que sabía que el jornalero Bertrand tenía muy mala reputación, y que no hallaría ninguna indulgencia; vos habeis hecho muy mal, Bertrand, añadió volviéndose al cazador furtivo.

—¿Y por qué he hecho mal? respondió aquel brutalmente; lo que yo quería era romperle su escopeta en la cabeza al dichoso guarda! ¡Acaso la caza y el pescado llevan la marca de un dueño? ¡es el señor conde quien alimenta las bandadas de perdices! lo mismo son tuyas que mías.

—Pero Bertrand, ¿cuánto mejor sería que ganaras tu jornal que no meterte á cazar en vedado? exclamó su mujer; ¡ah! ¡tú serás causa de mi muerte y de la de nuestros pobres hijos!

Bertrand iba á responder sin duda con mucha dureza, pero Susana le contuvo con un movimiento suplicante.

—¡Callad, por Dios, le dijo, y ved el estado en que los disgustos han puesto á vuestra pobre mujer!

—¡Si el señor conde quisiera perdonar por esta vez á Bertrand, y no perseguirle con la ley, dijo Josefina, mañana mi marido iría á trabajar á la vendimia; así me lo ha ofrecido por piedad de nuestros pobres hijos, y yo estaría tranquila y bendeciría á Dios!

—Voy ahora mismo á hablar al señor conde, dijo Susana; no os inquieteis, mi buena Josefina, el señor conde tendrá piedad de vosotros; pero, Bertrand, antes de salir de aquí me habeis de prometer enmendaros, dejaros de la caza furtiva é ir desde mañana á la vendimia á ganar vuestro jornal; ¿acaso queréis matar á vuestra buena mujer, tan laboriosa, tan aseada, tan amable y que tenía su casita que era la envidia del pueblo, cuando vos queriais ganarle el jornal? ¿qué ventaja os reportará el quedaros sin ella? ¿qué hareis con tres niños pequeños que os quedarán? pensad en esto, y decidme si puedo comprometerme por vos.

—Sí, señorita, respondió Bertrand con voz alterada; trabajaré, no iré á la taberna, y seré otro si el señor conde olvida lo pasado.

Susana puso sobre la mesa una cestita en la que había algunas provisiones, y se dirigió á la puerta.

—Señorita, dijo Bertrand, no vayais esta noche al castillo, hay gran comida y festin; por eso les hacia falta un regimiento de perdices.

—Bien está, dijo Susana, hasta mañana.

## IV.

Al día siguiente, á causa de la apertura de las vendimias, era día de asueto para la escuela; y Susana, que no había podido dormir en toda la noche pensando en la pobre Josefina, hizo su *toilette* temprano, y á las diez tomó el camino del castillo, que ocupaban durante el estío el conde de Nugent y su familia.

Un criado con librea la hizo entrar sin mucha ceremonia en el comedor, donde toda la familia se hallaba reunida.

El desayuno se había ya terminado; pero el servicio de plata y de porcelana de Saxe estaba aún sobre la mesa, y un anciano de cabellos blancos leía un periódico, bebiendo de cuando en cuando un sorbo de la última taza de té.

Una señora joven y muy bonita, sentada al lado de la ventana, bordaba en un bastidor; su marido, sentado á su lado, le hablaba á media voz y le mostraba dos hermosos niños que jugaban sobre la alfombra en compañía de un enorme y pacífico perro de Terranova.

Otro joven caballero, con el aire extremadamente distinguido, se hallaba sentado en un canapé y examinaba algunas piezas de caza que le mostraba un hombre, asimismo de pocos años, y cuya blusa azul y la gorra que tenía bajo el brazo anunciaban el hijo de algun buen arrendador que venia sin duda á pagar su arriendo, porque una gruesa bolsa de cuero bien repleta se hallaba á su lado sobre un velador de laca; toda esta gente levantó la cabeza con curiosidad á la entrada de Susana.

Esta saludó con una reverencia modesta, se adelantó tranquilamente hacia el anciano y le expuso el objeto de su visita.

—¡Bertrand! repitió el conde, señalando á la joven un asiento; ¡es ese insigne cazador furtivo, terror de nuestros guardas, desvergonzado y grosero! Siento mucho el no complaceros, señorita, perdonando á ese hombre, pero me es imposible hacerlo.

Susana insistió con dulzura, y dijo al conde que era padre de tres niños, y que le había ofrecido la enmienda.

—Señor Hubert, dijo el conde volviéndose en su sillón é interpellando á su arrendador: ¿conocéis á Bertrand? ¿lo conoces tú, Raoul?

—A fe mía, señor conde, respondió el joven conde, yo le conozco por el mayor bribon del país; pero tiene mujer, una buena mujer y tres niños pequeños; ¡esto grita misericordia!

—¡Bertrand! dijo á su vez el joven á quien el conde había llamado Raoul; ¡no es ese el que ha desarmado anoche á Varin, y el que con sus lazos despuebla el país de liebres y de perdices? Si mi padre quiere creerme, será inexorable, porque ayer no pude cazar nada.

—La insolencia de ese hombre merece un castigo ejemplar, observó el conde, y yo os aconsejo, señorita, que no os intereseis por él.

Susana, en vez de desalentarse con esta respuesta, empezó á implorar la piedad del conde para la pobre Josefina con una dulzura persuasiva que enterneció á todos los presentes; sin embargo, el conde repuso con la misma entereza:

—Es preciso que se haga justicia; mas para proba-

ros, señorita, cuánto estimo vuestra mediación, os ruego que acepteis este socorro para vuestra protegida y sus hijos.

Al decir estas palabras, el severo anciano sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de oro y la puso en la mano de Susana.

Esta comprendió que sería inútil y aún poco conveniente el insistir más; levantóse con el corazón oprimido, saludó con una modesta reverencia á los presentes y se retiró.

Cuando pasó por delante de Raoul y del conde Hubert, los dos la miraron de un modo singular, y cada uno á su manera la saludaron profundamente.

—Es muy bella esa joven, observó el conde cuando hubo desaparecido.

—Encantadora, replicó la joven dama que bordaba; jamás hubiera creído que pudiera serlo tanto una pobre maestra de escuela. ¡Qué dignidad! ¡Qué distinción de maneras! ¡Parece haberse educado en los salones! Si no fuese tan modestamente vestida, pocas habría á quien poderla comparar.

—¡Y más buena que un ángel! añadió con calor el joven conde, que parecía ser muy considerado de toda aquella noble y altiva familia.

—El cura me ha dicho que es ella quien ha pintado el cuadro del altar mayor, dijo la joven, y ella también quien ha decorado la iglesia; si esto es cierto, su talento y habilidades son verdaderamente admirables y dignas de otro círculo mayor que esta pequeña aldea.

Raoul guardó un obstinado silencio en tanto que todos elogiaban á la joven maestra, y parecía profundamente pensativo.

Aquella misma tarde se hallaba sentada Susana en su pequeño salón, cosiendo una camisa para Josefina cuando su anciana criada abrió la puerta para dar paso á Raoul de Nugent.

La joven, sorprendida, dejó su costura y correspondió con timidez al respetuoso saludo de M. de Nugent.

—Señorita, le dijo éste, me he tomado la libertad de presentarme en vuestra casa para daros una buena noticia; mi padre, movido por vuestras súplicas, no ha dado curso á su queja contra Bertrand; nadie inquietará á éste, y antes bien, si quiere renunciar á sus hábitos de cazador furtivo, se le ayudará con algun socorro para salir de la penosa situación en que se halla; ya veis, señorita, cuán grande es el ascendiente de la caridad, cuando la vuestra ha podido ablandar el justo enojo de mi padre.

Susana, conmovida, respondió algunas palabras de reconocimiento; sus ojos estaban llenos de lágrimas de alegría.

Raoul tuvo la delicadeza de no prolongar su visita; saludó y salió despues de haber echado una mirada indagadora al rededor de él, mirada que apercibió el piano, los retratos, la música y los libros, que imprimian á aquella modesta estancia un sello de distinción y de inteligencia.

Cuando hubo salido, Susana pensativa volvió á tomar su labor; pero aún no había pasado media hora, cuando la puerta volvió á abrirse, y Susana vió entrar á Hubert, que traía al brazo un pesado cesto cubierto con un lienzo blanco como la nieve.

(Se continuará.)

Unico Agente ANTONIO ESCAMEZ  
Preciados, 35, entresuelo, Madrid  
En París su representante Mr. SAISSET, Rue Cadet, 11.

## ANUNCIOS.

PRECIOS  
Anuncios. . . . . 1 peseta 50 céntos.  
Reclamos. . . . . Precios convencionales

# **PERFUMERIA DE PASCUAL**

Arenal, 2, Madrid.

Patrocinada por la más distinguida Sociedad de la corte y provincias.

En esta acreditada perfumeria es donde deben comprarse todos los artículos de perfumeria fina extranjera, para asegurarse de la bondad y legitimidad de los mismos.

# **COMPANIA COLONIAL**

Diez y ocho medallas de premio

TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA  
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montera, 8.—Madrid.

# **MONTURAS PARA SOMBREROS.** VALVERDE, 6, SOMBRERERÍA DE KUHN,

AGENCIA UNIVERSAL  
DE

# **ANUNCIOS**

fundada en 1874

DIRECTOR PROPIETARIO  
ANTONIO ESCAMEZ

Es la primera y la más importante

AGENCIA DE PUBLICIDAD establecida en España que recibe anuncios, comunicados y suscripciones para todos los periódicos y publicaciones de Madrid,

las provincias, extranjero y Ultramar proporcionando otros medios de anunciar con ventaja en sus precios para los anunciantes, en razón á los contratos especiales y pagos á los periódicos, los que en el último año, segun datos que publicó la prensa, ascendieron á UN MILLON DE REALES PRÓXIMAMENTE habiendo satisfecho sólo a *La Correspondencia*, *El Imparcial* y *El Globo* por unos 600.000 reales.

Todos los periódicos más importantes de España, como *El Imparcial* y otros, hicieron grandes elogios de la fundación de esta AGENCIA por creerla útil á los intereses del comercio, el

que en su mayor parte, tanto de España como del extranjero, anuncian por conducto de esta casa, no sólo por la ventaja de sus precios, sino porque es de más comodidad para el anunciante entenderse solo con una Agencia que, además, dándole garantías, no verifica sus cobros hasta despues de publicados los anuncios.

La casa cuenta con una imprenta completa, surtida de elegantes tipos, que ofrece los trabajos más delicados á precios económicos.

Independiente de la Sección de PUBLICIDAD, la casa se ocupa de

TODA CLASE DE COMISIONES Y ENCARGOS y su envío á cualquier punto que se le indique, de la representación en general y de toda clase de asuntos.

Escribir con sellos para la contestación.

Preciados, 35, ent.º Madrid.

## HIGIENE

DE LOS NIÑOS.

El periódico *La Jeune Mere* publica unas instrucciones muy juiciosas sobre la manera de vestir á los niños pequeños durante los grandes calores del verano, y en general sobre las reglas que las madres deben observar en la educacion de sus hijos.

Estas reglas conciernen á los vestidos, al paseo, á los viajes, al sueño y al régimen alimenticio. Vamos á enumerar las principales.

Durante el verano, los niños deben llevar las menores ropas posibles, muy cortos los cabellos y sombrero de paja ligera y alas anchas, para preservarlos de la accion directa del sol.

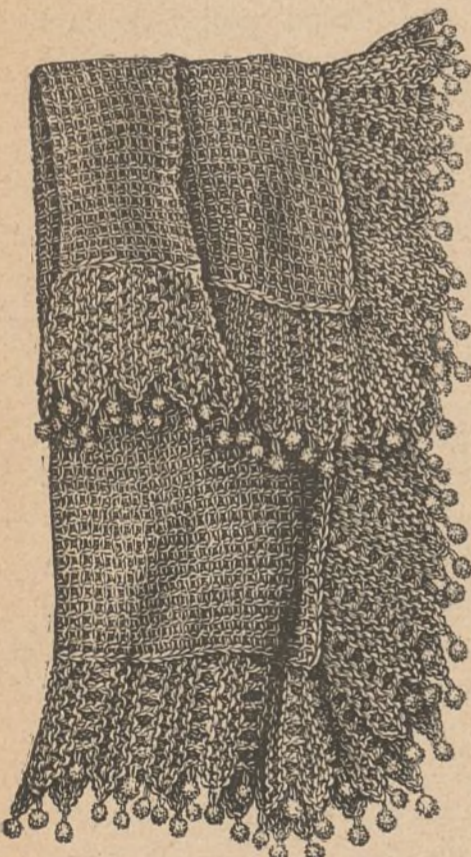
Esto es muy importante, y por desgracia no se observa como es debido. Si estas reglas se observaran, no se verian entonces tantos niños como hoy vemos enfermos, sin padecer otro mal que los continuos sudores que les debilitan y que les producen á veces accidentes gravísimos. Algunos padres consideran estos sudores como signo de debilidad, y envuelven á sus hijos en franela, cometiendo de esta suerte una nueva falta.

Cuando hace calor no deben salir los niños en pleno día, como no sea á un parque ó jardin bien sombreado. Se les debe llevar á paseo por la mañana á las diez y por la tarde á las seis.

Como nada debe despreciarse en esta clase de asuntos, creemos oportuno reproducir los consejos siguientes, fáciles de seguir y que conciernen á la mala costumbre, hartó generalizada, de hacer beber sin tasa á los niños en cuanto la temperatura comienza á elevarse.

Cuando hace calor, los niños deben beber muy poco. La bebida más propia para ellos durante el verano, aun para los que están en lactancia, á fin de prevenir la diarrea ó para combatirla si se ha presentado, es el agua de café fría, cuya preparacion vamos á exponer.

Se toma un embudo de cristal ó de hoja de



3. Pañuelo de punto de lana. (Véanse los núms. 36 y 37.)

lata, aunque es preferible que sea de cristal, y se le tapa tan herméticamente como sea posible con huata apilada en el cuello. En el embudo se pone una cucharada de buen café molido, pero algo grueso, y se vierte por encima un vaso de agua fría. El agua pasa lentamente á través de la huata, impregnándose de los principios aromáticos y astringentes del café, sin impregnarse por eso de sus principios empireumáticos. Cuando la huata no está bastante comprimida en el cuello del embudo, hay que pasar entonces otra vez el agua á través del café.

El líquido así obtenido se azucara ligeramente y se da á los niños bien frío y en pequeña cantidad, constituyendo así una bebida excelente, tónica y astringente que les apaga la sed por completo.

A los niños que lactan se les da una ó dos cucharadas, de tamaño de las de café, cada media hora. A los que son un poco mayores se les da una cucharada

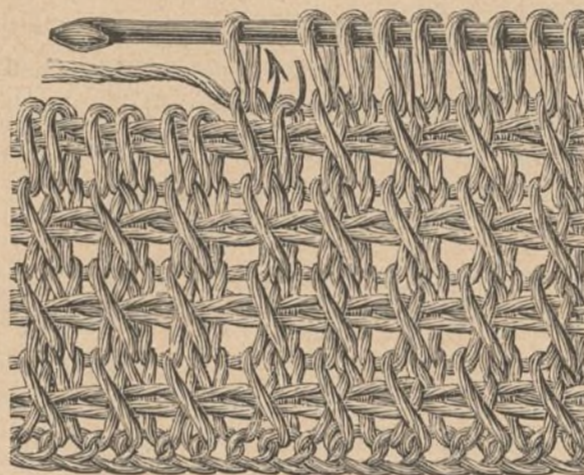
34. Adorno para el vestido núm. 3 del CORREO anterior.



41. Cinta bordada, sin revers.



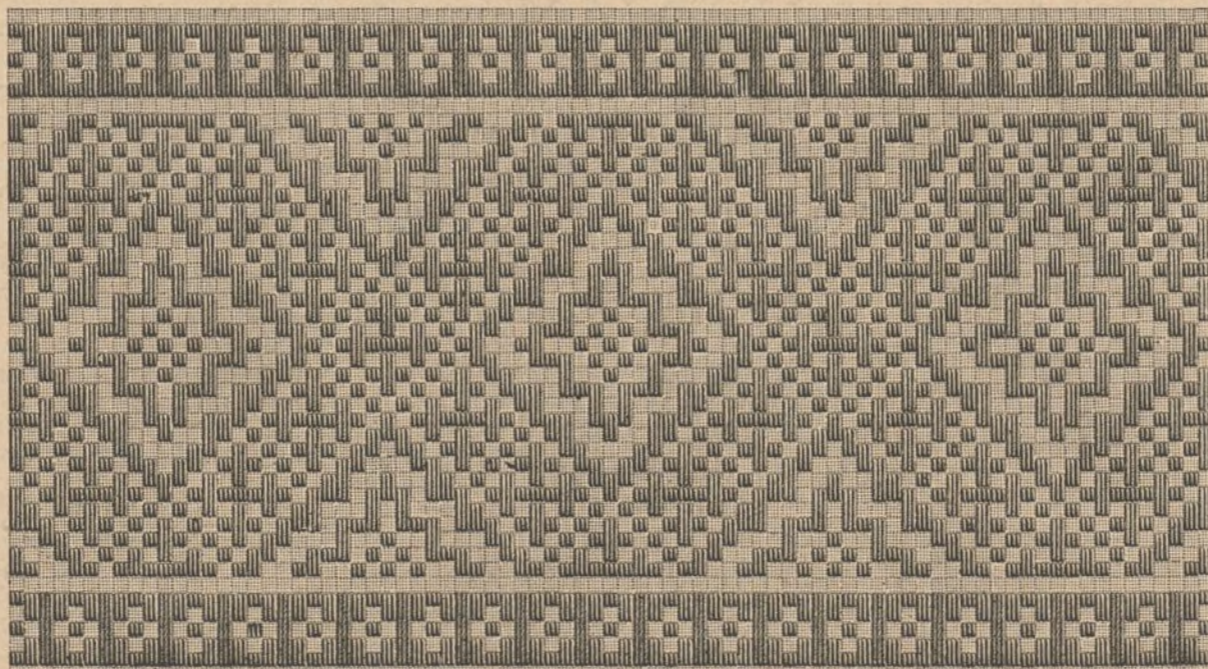
39. Corbata chaleco.



37. Punto para el pañuelo núm. 38.



43. Sombrero-cota



45. Cenefa para la toalla núm. 41.

Las Sras. Suscriptoras a la 1.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1.375.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

35. Adorno para el vestido núm. 3 del CORREO anterior.



42. Cinta bordada, sin revers.



40. Lazo para corbata.



plissé, un adorno tableado encima y una drapería con pliegues atravesados. La túnica, drapeada en paniers, lleva al canto un encaje breton, así como el fichú de muselina de la India. Sombrero de paja blanca con guirnalda de flores y cinta asargada amarilla pálido, anudada por delante y sosteniendo el borde plissé. El vestido es de tela Pompadour. Sombrilla marquesa.

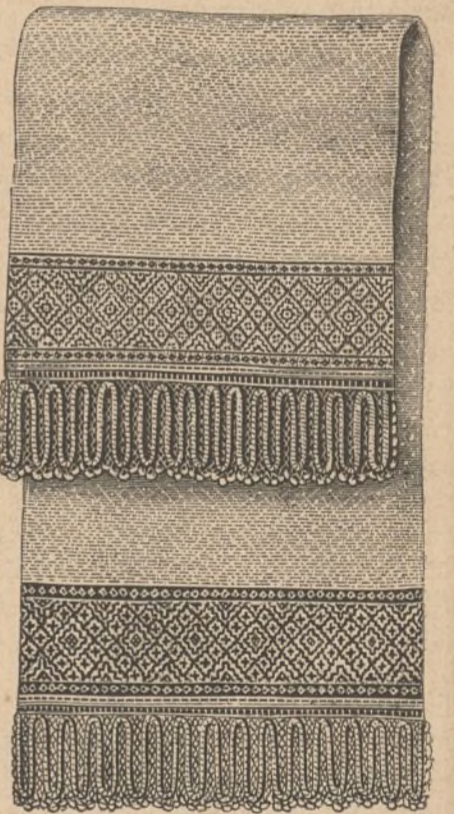
FIG. 3.ª Traje elegante para paseo y casino. — El vestido es de muselina de la India, blanco, con transparente de seda azul claro; la túnica va rodeada de gasa bordada y recogida con lazos; el cuello es vuelto y las mangas terminan en el codo. La falda lleva un plissé ancho; el paño de delante de la túnica se monta liso, los de costado están plegados al traves y el de atrás ligeramente drapeado.

Una puntilla plissé guarnece el escote en corazon y forma escarolado hasta la cintura.

Lazos de cinta asargada azul claro y habana.

Sombrero de paja blanca forrado de seda y adornado con un triángulo de gasa azul claro, una pluma igual y encaje breton.

El conocido Editor Sr. Zozaya ha adquirido la propiedad para España, de los preciosos vales *L'Immensité*, que tan aplaudidos han sido en el concierto del viernes último en los Jardines del Retiro, y puesto á la venta en su acreditado almacén, Carrera de San Jerónimo, 34.



44. Toalla bordada. (Véase el núm. 45.)

## CORRESPONDENCIA.

B. O.—Combine V. su vestido brochado con raso ó terciopelo negro, haciendo de esto todos los adornos para que lo oscurezca. Puede V. utilizarlo perfectamente.

## OBRAS

DE DOÑA ÁNGELA GRASSI que se hallan de venta en la administracion de «El Correo de la Moda.»

*Las riquezas del alma*, obra premiada por la Academia española. Dos tomos, 9 rs.

*La gota de agua*, obra premiada por aclamacion en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs.

*El que no siembra no coge*, novela de costumbres, 5 rs.

*El copo de nieve*, 9 rs.

*El primer año de matrimonio*, 5 rs.

*Marina*, narracion histórica, un tomo, 10 rs.

de las de sopa. A los de más edad se les puede dar una tacita de café.

Esta bebida tiene la ventaja superior de poder prepararse instantáneamente á cualquier hora y en cualquier lugar.

## EXPLICACION

DEL FIGURIN 1375.

FIG. 1.ª Traje para niña. — La falda plisé va montada al cuerpo fruncido sobre el costado. Plissés de batista y bieses bordados constituyen su gracioso adorno.

FIG. 2.ª

Traje

para pa-

seo. — La

falda, red-

onda, va

guarneci-

da con un

volante

Núm. 35

SUMARIO  
— Vestido n.  
cajes — Veste  
con túnica  
túnicas pri  
bre-pollo

REVIS

El gran

tería es ele

dominante

vorecen la

modistas q

buen gusto

don inapre

las figuras

mando la r

sin hacerla

Una señor

largo, cues

velarle con

de dobles

miéntras l

tienen los

fichú y la

reflexion r

faldas paní

una señora

un globo

desaparece

primer im

si los panie

ro la ilusio

Precisan

sus múltipl

de á todos

tras una de

tirse color

abultadas,

quiera que

sicion, deb

colores opa

guidas.

La lana

lores, reco

pio de la es

gada para

combinada

«scuro com

bronze. En

hablan de

donda, terr

plegado, or

taya y tún

recogida de

frunces y e

tres pliegu

forman el p

do de la esp

trechos y l

un solo lad

cuyos paño

conchas p

con lazos d

un solo laz

cola de golo

dios y con b

otoño y de

la tela lisa

para los ad

des volante

Editor y propietario, Carlos Grassi.

Administracion: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid